

está absolutamente seguro de dónde queda el límite, de dónde está la frontera que no se puede cruzar. Es decir, desde la clase alta, desde los países europeos del Primer Mundo heterosexual y blanco, es fácil hablar de transgresión. Pero para el resto de nosotros, los sotos, la gente que anda por ahí inventándose el orden todos los días, la transgresión es algo más negociable. (Teresa Peña Jordán, 2003: p. 120)

Ahora bien, nuestra escritora boricua ha optado por dos sujetos: puertorriqueño y venezolano cuya indicación demuestra su preocupación por el sujeto hispanoamericano. No en vano que los espacios de los testimonios de las esclavas, incluso los de la propia Fe y su amante transcurren en Aldea de Tejuco (Brasil), Costa Rica, Cartagena de Indias (Colombia), Mérida y Ciudad de Maracaibo (Venezuela), la isla de Puerto Rico, Aldea de Río Piedras, respectivamente, es decir, son espacios de colonización. Por otra parte, los personajes de la novela se desplazan constantemente para conseguir éxitos profesionales (los protagonistas se mueven para dar una conferencia, asistir a un congreso, un seminario...etc.). El espacio aquí no se limita sólo al lugar, a lo geográfico sino que se puede ampliar para referirse al desplazamiento genérico.

Debido a la situación geográfica, política, histórica y cultural muy peculiar de Puerto Rico muchos críticos y pensadores se ocupan de estudiar el sujeto puertorriqueño que flota entre dos condiciones “un cuerpo híbrido, atractivo, y espectacular, o un espantoso cuerpo roto y suturado, indefinible, o tal vez, de manera más ambigua y estrambótica, ambas cosas a la vez” (K.V. Haesendonck, p. 12).

Quizá esta condición no se ajuste sólo al caso de Puerto Rico, se podría ampliar para incluir a los otros sujetos de los países del continente que sufrieron la colonización y que eran de la raza negra. Ya que la dicha dicotomía y/o dualidad de la que habló K. V. Haesendonck se ve obviamente en la mirada de los dos personajes principales de la historia analizada aquí: ante los ojos de Martín, historiador puertorriqueño y hombre blanco, Fe, la protagonista, historiadora venezolana y mujer negra, es un cuerpo híbrido, atractivo, mientras Fe se ve como un cuerpo espantoso donde se refleja el pasado de toda su raza y todo su género (encanto o espanto, son dos palabras que figuran en el título del libro de K. V. Haesendonck), y eso porque “lo abyecto desde el punto de vista analítico, es todo lo que perturba cualquier orden socio-político (la identidad individual y colectiva, los sistemas sociales y políticos, la cultura oficialmente aceptada, etc.” (K. V. Haesendonck, p. 41). Es decir, el sujeto abyecto “oscila entre dos polos (sujeto y

objeto), se puede intentar ver no con qué objetos se identifica (...) sino hacia qué objetos se mueve y desde qué objetos regresa a la posición de objeto” (K. V. Haesendonck, p. 52).

Aceptando la idea de que el sujeto puertorriqueño es un sujeto abyecto y yo me atrevería a ampliar esta condición al sujeto de otros países americanos entonces si “la abyección es, en su esencia, la confusión de fronteras, esto significaría que el espectáculo podría verse como un fenómeno similar. Desde la perspectiva del espectáculo, lo que haría la abyección no es anular sino intensificar esta confusión” (K. V. Haesendonck, p. 47).

Frenta a “la confusión de dos opuestos: lo abyecto (impuro/ excremento/ repugnante, etc.) versus lo no- abyecto (puro/ atractivo/ imagen/ etc.) ha resultado en una sociedad profundamente 'hiper-real' en el sentido de que lo real quedaría no sólo 'desfondado' sino hasta absorto en el espectáculo irreal y transparente de la realidad” (K. V. Haesendonck, p. 57), Duchesne propone la estrategia de “confundirse en el espectáculo” que “sería comparable con una forma de mimetismo crítico como modo de supervivencia del intelectual, necesario en un contexto de manipulación del individuo como sujeto cultural *ready made*” (K. V. Haesendonck, p. 63)

Parece que tanto Martín, el puertorriqueño como Fe, la venezolana, se han optado por esta propuesta, ya que a los dos les gusta confundirse o desaparecer en el espectáculo de la víspera del Halloween, una prueba de ello es sus encuentros amorosos en esa noche y el gusto por el disfraz en el traje de Xica Da Silva (Fe), o, en el disfraz de don Juan (Martín). Total, el texto de Duchesne sugiere que “el intelectual es de por sí un sujeto abyecto. En muchos textos de crítica cultural puertorriqueña escritos en torno al cambio del siglo, como éste, se insiste en regresar a lo Real en des-cubrirlo, como si hubiera un deseo de hacer visibles las condiciones existenciales del sujeto abyecto” (K. V. Haesendonck, p.64).

A continuación veremos como contribuyen las dos herramientas de las que se sirve nuestra novelista (el personaje femenino en comparación con el sujeto masculino y el marco temporal) para subrayar la vivencia en una realidad hiperreal: el pasado colonial del S. XVIII, y, el presente del S. XXI, y entre ambos tiende un puente: la víspera de la noche de Todos los Santos, como hilo unificador de toda la obra ya que esas “largas genealogías de muertos intentan trazar una línea, que atravesando una masa informe de cuerpos, se desplaza por el espacio infinito. Eso

es la Historia, una tinue línea que va uniendo en el aire a los ancestros-a esos pobres animales sacrificados en la pira del tiempo-" (*Fe en disfraz*, 92).

El sujeto puertorriqueño: El sujeto masculino

En el prefacio se alternan la primera persona del plural (el yo colectivo), y la del singular (el yo individual). El narrador quiere dejar bien claro que intenta "descifrar, cada vez con menos éxito, los signos de esta historia", y quiere dejar "constancia", y que su historia "quedará como testimonio", por si acaso no regresa "de esta Víspera de Todos los Santos o por si no regresa Fe Verdejo" (p. 14). La palabra "testimonio" en el prefacio juega con el testimonio de las esclavas del S. XVIII.

La estructura narrativa del libro (los XXIV capítulos) se construye sobre los testimonios de las esclavas manumisas, por un lado (capítulos III, V, VIII, XII), y los testimonios recientes, testimonios de finales del S. XX, los de los propios protagonistas de la historia (capítulos: XVIII, XX, y XXIV). Y entre ambos existe otro testimonio: el del propio narrador-protagonista, es el testimonio que Martín quiere dejar escrito sobre la relación que mantiene con Fe. Este último está narrado en 1ª persona masculina singular. De nuevo, estamos viendo la versión masculina de la Historia, de la dualidad amo-esclavo en el presente, en el umbral del S. XXI pero esta vez con un giro: la relación entre Fe y Martín es jerárquica, por un lado, una relación entre amo, la condición de la primera, y esclavo, la condición del segundo, así lo indica el uso del lenguaje del propio protagonista narrador: "mi dueña", "mi reina", "Diosa", con "la primera ofrenda a Fe" (p. 47) se refiere a "la presentación electrónica con imágenes en movimiento y enlaces a otros sitios en la red" para acompañar al artículo de Fe sobre esclavas manumisas.

Por otro, es una relación de poder: el segundo (Martín) está sujeto a la primera (Fe) así lo expresa el propio Martín: "mi jefa". Durante el encuentro amoroso es Fe quien ordena: "arrodíllate, bésame", y él "obediente, acerqué mis labios a sus labios", ella ordena "descálzame", él: "desabrocho las zapatillas, las deslizo del pie", ella: "entra en mi carne, rómpeme la carne. Sacáme de aquí" (pp. 100 - 102).

Es una relación condenada al olvido, al silencio como lo era en el pasado: la idea del amante secreto pero en este caso y en este contexto temporal del presente del S. XXI es el hombre, y, no la mujer. Esto encaja dentro de la teoría de

Kojève sobre la existencia de la otra lectura posible del fin de la historia según *Esbozo de una Fenomenología Para el Derecho* y en algunos otros artículos sobre la dialéctica del amo y esclavo Kojève

asimila el amo al varón y el esclavo a la mujer. ¿Qué ha pasado en la historia? En un primer momento, ¿cómo se comportaba el hombre? Se comportaba apropiándose de las mujeres. Después las mujeres tomaron la costumbre de ceder o de concederse. En la Poshistoria a lo que vamos a asistir dice Kojève (consecuente con la idea que está en el concepto de ciudadano) es a una desvirilización de los comportamientos sexuales. En realidad no va a haber sexo, va a existir un género que será de características femeninas. Las mujeres no van a ser tomadas y tampoco podrán ofrecerse, simplemente se dejarán hacer. Otra posibilidad de lectura de este final de la historia. (Edgardo Castro).

El narrador de esta historia es decidido; sabe lo que tiene que contar y lo que no, aún así, asoma el tema de narrar por obligación: “Debo narrarlo todo para que conste. Narrar, por ejemplo, el rito que empezó a darse a partir de nuestro segundo encuentro. 31 de octubre del año pasado” (*Fe en disfraz*, p. 99). La narración es una exigencia que la reclama la condición profesional del narrador- protagonista, un historiador, por lo cual la historia debe ser guardada, escrita y documentada: “toda historia necesita de alguien que narre, al menos, una versión parcial de los hechos” (*Fe en disfraz*, p. 81). También insiste en que está escribiendo “historia”.

A veces, se siente obligado a justificarse o justificar lo que escribe y lo que no. Y como cualquier historia está inspirada en la memoria y ésta está sometida al olvido, al engaño, o, a la duda, por lo cual, siempre se necesita un testigo de los hechos porque lo demás “pasa vertiginoso” por su memoria ya que lo que ha pasado entre los dos “no ha contado con ningún testigo” (p. 81).

La interpretación dada en boca del narrador, el historiador puertorriqueño, sobre la transformación de Samhain en Halloween subraya la teoría sobre el sujeto puertorriqueño que “habría perdido contacto con lo real al ingresar en la modernidad. Sería la prueba de que entre lo rural y el espectáculo se haya borrado” (K. V. Haesendonck, p. 58).

Martín inicia su narración por un prefacio en el que se arranca desde una suposición: qué pasaría si estuviera en un tiempo pagano y cita unas costumbres paganas de la noche del Halloween pero es consciente de que “hoy es hoy” y que él

no es el mismo, hoy es él y su disfraz, es decir, hoy es el sujeto moderno y su sombra (p. 14). Es decir, el sujeto puertorriqueño

equipado por la modernidad con las novísimas tecnologías, y ante la evocación *Kitsch* de un ancestro ya inexistente (el jíbaro) parece colocarse en otra realidad-imagen basada en la simulación anunciada por Baudrillard hace más de dos décadas. Esta abyección espectacular, como proceso de seducción y desviación del puertorriqueño, haría olvidar su propio estatuto abyecto. Es decir, su carácter híbrido, innombrable, doloroso, marginal, espantoso, real en suma, se vuelve invisible a través del acceso instantáneo, ya que viste de un encanto visible (K.V. Haesendonck, p. 59).

El puertorriqueño actual y el ciudadano actual es esclavo de las imágenes. Fe es esclava del traje, una imagen de la esclava poderosa, Martín es esclavo de su ordenador, del mundo de las imágenes, de su amante: “yo, esclavo de sus esclavas y de mi deseo”.

Martín está escindido en dos: “uno era el que leía y sentía aquella vergonzosa hambre. Otro Martín insumiso, se mantenía, a raya” (p.46). O cuando dice “su sumisión me levantó un dragón por dentro. No pude evitar preguntarme si ese dragón era yo, si el de mentira era el otro Martín Tirado” (*Fe en disfraz*, p. 59).

El testimonio que quiere dejar Martín empieza como señalamos por una suposición: “si estuviéramos en tiempo pagano” (p. 13), es una suposición que conduce al deseo de detener el tiempo (p.14). Entonces el hecho de que el protagonista es un historiador pero trabaja virtualmente le hace describir el tiempo presente, cibernético de esta manera “tiempo hiperreal, un tiempo que pretende burlar la muerte de lo orgánico, la quietud del papel, la lentitud de los hechos” (p. 17). Para el filósofo puertorriqueño Carlos Gil “el puertorriqueño vive la realidad como irreal (...), la subjetividad nacional sería el efecto de lo que llama “el dispositivo cultural del Estado”, una especie de pantalla que hace de los individuos espectadores de una realidad cinemática” (K.V. Haesendonck, pp. 54 y 55). No en vano que en boca del narrador, el historiador puertorriqueño vienen estas palabras: “siempre soñé con qué alguien, algún día, aplaudiera mi invisible trabajo” (*Fe en disfraz*, p. 75) y que intenta “descifrar” cada vez con menos éxito los signos de su historia con Fe.

Nuestro narrador- protagonista está trabajando siempre delante de la pantalla, descargar y abrir archivos, pasa mucho tiempo digitalizando documentos,

buscando fotografías, elaborando material audiovisual. La pantalla y el arte visual ayudan a reconstruir o rehacer la imagen de las esclavas anónimas que no se han reflejado en fotos antes del S. XIX. Por otra parte, estando lejos de su novia intenta mantener con ella una conversación con cámara y ejercer el “amor virtual” a través de Skype. El propio protagonista admite que es esclavo de la pantalla, de la modernidad, de la tecnología.

Por otra parte, la percepción del tiempo es una sensación personal “vivo como un monje, suspendido en el tiempo” (*Fe en disfraz* p. 17), “el tiempo no existe y todo lo que existe es tiempo. Tan solo se materializa a través de ritos” (*Fe en disfraz*, p. 92).

En su libro *La raza cómica. Del sujeto en Puerto Rico*, Rubén Ríos Ávila “no vacila en referir al sujeto puertorriqueño como un consumidor de imágenes que ‘publicitan’ las siempre nuevas utopías (...) Flores sostiene que la creación de utopías es sólo la forma más nueva de colonialismo, que engloba tanto a los puertorriqueños de la isla como a los de la diáspora”. (K. V. Haesendonck, p. 54).

Las relaciones de poder, que trascienden el plano temporal en una novela sobre el tiempo que no se deja vencer es una historia que cuenta vidas de historiadores atrapados por el tiempo, ambos por su historia; él por su pasado puertorriqueño y ella por su pasado de esclavitud. Así habla Martín: “lo he dejado claro en este escrito –la historia da la impresión de ser mutable. Pero siempre vuelve a su redil. Se repite y regresa al sagrado rito de su origen.” (104) La cita se refiere al escrito que leemos y nos hace pensar en la teoría de Kojève sobre el hombre que “va a regresar a la naturaleza, no habrá más historia estrictamente hablando, no habrá más devenir. Estaremos en ese estado, en sentido político, homogéneo y recíproco que es la Democracia Liberal”. Según Kojève, ya no habrá nada nuevo las cosas que haremos “serán sólo repeticiones de lo ya hecho. En esta historia no nos queda nada por crear, solo cosas para administrar” (Edgardo Castro). De igual modo leemos estas líneas en la novela “el tiempo escondió de nuevo la conexión entre el aquelarre de los muertos y el resurgimiento de los vivos; entre el paso de lo que se acaba y lo que empieza” (p. 103).

Como señalamos más arriba los dos marcos temporales que rigen la novela conectan a estos elementos: poder, raza, identidad y género. El pasado, el S. XVIII, el marco en el que trabaja la protagonista, y, el presente, el siglo XXI, el marco en el que se desarrolla la acción de la novela. Ambos marcos se conectan y tienden

andamio hacia el futuro dejando una pregunta: ¿Hasta cuándo o hasta qué punto somos atados a nuestra herencia, a nuestro pasado, hasta que punto cargamos con nuestra Historia colectiva? Quizá sirvan estas frases que vienen en boca de la protagonista como respuesta a la pregunta formulada “justo a media noche, presente, pasado y futuro se fundan en uno. Los ancestros familiares y los animales, los descendientes perdidos en el humo, volverían a formar el hilo que conduce la historia”(*Fe en disfraz*, p. 106).

La inauguración de la exposición de esclavas que salvó el seminario de Fe fue en la primera semana de noviembre y en la víspera de Todos los Santos Fe comprobaba el vestido y lo llevó puesto y salió en este disfraz a la calle.

El sujeto femenino

Nuestra novelista se vale del cuerpo como texto en el que se refleja las relaciones del poder, la raza, la colonización, o sea, la historia política y social de América latina. Para nuestra autora “el cuerpo es un lugar donde el poder se ejerce de una manera bien interesante y que se puede leer el texto del cuerpo como un texto histórico-social, desde los colores del pelo que escogen las personas hasta las liposucciones y todos esos asaltos quirúrgicos” (Teresa Peña Jordán, p. 120). En *Fe en disfraz* se abundan las frases que expresan este mismo significado, así dice Fe, la protagonista, que su piel era el mapa de sus ancestros, todos “desnudos, sin blasones, ni banderas que los identificaran; marcados por el olvido o, apenas, por cicatrices tribales, cadenas y por las huellas del carimbo sobre el lomo” (p. 89).

Cabe señalar que la propia escritora tiene la siguiente visión:

yo lo que estoy tratando de apuntar es precisamente hacia lo otro, hacia la permeabilidad que hay entre la casa y la calle, entre el cuerpo físico, el cuerpo literario y el cuerpo político. Realmente, la frontera entre todos estos mundos es una membranita que se traspasa muy fácilmente. Cada vez más lo tengo más claro y a la misma vez me inserto de una mejor manera en la membrana, en la frontera esa de permeabilidad. (Teresa Peña Jordán, p. 125).

Moruzzi propone “interpretar el concepto de nación como un cuerpo que está sometido a un proceso de abyección (...) la crítica afirma que 'aquellas partes' que determinada nación considera como 'excesivas' son a menudo 'los' extranjeros, mientras que éstos ejercen al mismo tiempo una fascinación y repulsión sobre ella.

Una nación puede percibir su presencia como lo que amenaza con disolver la identidad nacional” (K. V. Haesendonck, p. 41)

Las relaciones del poder y la raza siguen conservando en el contexto actual. Para Fe esta dicha relación (amo-esclavo) “se da todavía entre nosotros y ellos; entre el mundo de la “razón” y este otro mundo que algunos todavía habitamos. Llamémosle el mundo de los cuerpos” (*Fe en disfraz*, p. 74). El tema del poder en esta novela está vinculado al marco temporal. Según Mayra Santos-Febres la relación del poder entre el mundo occidental y el tercer mundo se da en los recursos económicos de los que dispone cada parte. Según ella, en Europa y en el primer mundo, el de los blancos, sí se puede hablar de transgresión porque para hablar de transgresión habrá fijar un límite que se puede traspasar, habrá estar seguro absolutamente de dónde queda el límite, y eso sólo lo tienen los ricos, pero en el mundo caribeño, el tercer mundo, el de los negros sólo se puede hablar de sobrevivir (Teresa Peña Jordán p. 121).

La novela adopta el punto de vista que dice que la Historia sigue siendo un medio de manipulación, de falsificación por parte de los ricos, de los poderosos, por eso “se necesita dinero para preservar la Historia, mucho dinero y mucho poder” (*Fe en disfraz*, p. 18). Por otra parte, la novela propone otra solución para preservar la historia que consiste en dar otra versión de la historia, una versión femenina, por medio de las mujeres. El hecho de optar por una protagonista historiadora subraya la importancia y el derecho de la mujer a que deje su versión sobre la Historia, este relato que se vio siempre desde una perspectiva masculina, patriarcal. Así que, la mujer pasa a ser un sujeto histórico. No en vano que los testimonios utilizados en la novela que narran las barbaridades de la esclavitud son sobre esclavas y no esclavos porque la historia ignoró a las mujeres esclavas. La idea viene en el libro: “En español (...) no existe ninguna narrativa de esclavos; aun más, de esclavas” (*Fe en disfraz*, p. 23). Por otra parte, Fe denuncia la actitud de los historiadores al describir a las esclavas, en su opinión son descripciones “llenas de prejuicios, carecen de objetividad” (p. 52), y que la “historia está llena de mujeres anónimas que lograron sobrevivir al deseo del amo” (p. 46).

El personaje de la mulata de los documentos de las esclavas del S. XVIII que maneja Fe responde al prototipo de la mujer negra o mulata tratada en la literatura: “the mulata is the woman to desire and fear, the temptress of all white

men” (Dawn. F. Stinchcomb, p. 79), normalmente es peligrosa y seductora al hombre blanco: este significado rige *Fe en disfraz*.

El hecho de exponer testimonios de esclavas que fueron sometidas al poder del varón colonizador, al amo, materializa la relación del poder.

Todos los testimonios que aparecen en la novela narran la experiencia violenta, injusta y la práctica sexual a las que fueron sometidas todas las esclavas. Ellas sufren el maltrato social y el abuso sexual y el hecho de tener hijos bastardos, pero saben sobrevivir y luchar por sus derechos y los derechos de sus hijos.

Son cuatro historias de cinco mujeres (uno de esos testimonios es sobre el caso de dos esclavas), sin contar la experiencia reciente de 1985 de la propia protagonista, Fe Verdejo, que fue sometida a un abuso sexual.

El capítulo III, es un testimonio de una esclava que se llama Diamantina que se remonta al año 1785. Se trata de una declaración por parte de dicha esclava en el nombre de sus 5 hijos ante el gobernador. La esclava pide protección del trato cruel de su dueña. Su historia terminó por convertirse en dueña de hacienda después de la muerte de su amo dejando en el testamento su reconocimiento por los 5 hijos de Diamantina.

El capítulo V, se trata de dos casos, las dos esclavas llamadas María y Petrona. La acción sucede en Costa Rica del año 1719 cuando se acuden las dos al gobernador para denunciar la violación a la que fueron sometidas a mano de un sargento y seis gendarmes a lo largo de cuatro días en la playa al llegar en un barco de ingleses hasta Costa Rica. Luego fueron vendidas por el mismo sargento a la mujer de otro sargento. Petrona fue vendida con hijo en el vientre y cuando nació se le quitaron hasta que cumpliera con el trabajo de 9 años para librarle, y cuando cumplió los 9 años la señora del sargento, su ama, le pidió trabajar más años por su hijo, llegando a este punto, la esclava fue a declarar ante el gobernador pidiendo su amparo real.

El caso de la esclava Ana María, de 12 años, ocupa el capítulo VIII. La cuestión se remonta al año 1743. Ana María va al gobernador para pedir el amparo real después de haber sido torturada a mano del sobrino de su ama. Y el gobernador la cogió en su amparo hasta que encontrara nuevo amo.

En el capítulo XII se relata el caso de la esclava mulata Pascuala que aconteció en 1645. Fue sentenciada del santo Oficio por curandera, yerbatera y